



“ QUÉ RICO, CARAJO. QUÉ RICO ES CACHAR DESPUÉS DE UN DÍA DE TRABAJO” .

Santa Rosa

por Dennis Gonzalez

Si te lo digo, no me lo vas a creer. Mejor lo escribo y así piensas que tengo talento. Qué bonito cuento, no sabía que escribías tan bien. Muchas gracias, solo es un cuento chiquito que escribí para un concurso insignificante. Tal vez no gane nada, pero al menos me has leído.

Ese día me levanté a las cinco de la mañana. Suelo tener días así. Generalmente me levanto a las seis y cuarenta con la ayuda de una alarma. Estoy soñando rico, digamos, me estoy besando con una de las chicas de la iglesia y, en eso, cuando estoy a punto de tocarle los hermosos senos, la maldita alarma me arranca del sueño y tengo que levantarme, cambiarme de ropa, tomar desayuno, salir corriendo de mi casa y esperar en el paradero a la combi que me lleva al colegio. Hace un frío de mierda. La pista está húmeda. Veo a otras colegialas que también esperan conmigo. Mentalmente maldigo a mis padres por haberme metido en un colegio de varones; sino hace rato hubiera tenido mi primera enamorada y no sería virgen y no tendría que masturbarme todos los días.

Bueno, como iba diciendo, ese día me levanté super temprano. El cuarto estaba lleno de esa luz indecisa que aún no expulsaba a la noche. A esa hora los objetos aún no se desprendían de la oscuridad y el silencio era apenas perturbado por la respiración de mi hermano. Intenté dormir otra vez. No pude. Intenté pensar en una de las chicas de la iglesia. Ya estaba tocándome, pero ahí estaba mi hermano. La otra vez se despertó y, para disimular, me tuve que tapar con la frazada para que pensara que seguía durmiendo pero yo sé que él sabía lo que yo estaba haciendo. En fin, me quedé viendo el techo, luego la pared, después la ventana que daba a un mar lejano e imperturbable, un mar que parece que nunca se va a despertar.

Me levanté a las seis y quise leer, pero mi hermano estaba ahí y a mí me gusta leer cuando estoy solo. No me quedó de otra que alistarme para ir al colegio. Fui al baño. Oriné. Jalé la cadena. Me lavé las manos y la cara con agua fría y jabón. Me puse el uniforme que colgaba dentro del viejo armario del abuelito. Como hacía frío, un frío húmedo y gris, me abrigué la cabeza con un

chullo y las manos con unos guantes de lana. Cogí mi mochila vieja. Me cercioré de que tenía los cuadernos que necesitaba para ese día y bajé al primer piso. Tomé mi desayuno de siempre; o sea, milo con leche caliente y pan con jamonada.

La humedad y el frío me hicieron extrañar los días de verano y el cielo gris hizo preguntarme si Lima había sido fundada para la gente triste, para los nostálgicos, para aquellos caminantes que van por la ciudad con las manos en los bolsillos mientras evocan su juventud perdida.

En el paradero, vi a María, la mamacita del barrio. Era mayor que yo por tres años. Llevaba un uniforme de secretaria sexy. Seguramente estaba trabajando como cajera en algún banco del centro. Qué rica se le veía con los tacos levantándole las nalgas. Yo me imaginé, porque a esa edad es inevitable, porque a esa edad uno se masturba cinco veces al día para no sentirse tan solo, que yo venía del trabajo y lo primero que encontraba era a María acostada en la cama con las piernas abiertas y con la concha mojadita. Qué rico, carajo. Qué rico es cachar después de un día de trabajo.

Dennis Gonzalez. "Viví en el Perú hasta los 19 años. Luego el destino me llevó a los Estados Unidos. Aprendí inglés, estudié para ser profesor de español, hice una maestría en literatura creativa. No sirvió de nada porque no aprendí a escribir ni me publicaron. Trabajé como profesor en Nueva York, Lima, New Milford y New Britain. Descubrí que no podía vivir sin la literatura. De tanto inglés, ya se me había olvidado un poco mi lengua materna, así que decidí solo leer en español".

De tanto morbosearla, María volteó para ver quién era el enfermo que la miraba y yo hice como que contemplaba el cielo gris y felizmente que llegó la combi porque no tenía adónde correr. Una vez sentado en el asiento de al fondo, me puse a ver por la ventana las casas ennegrecidas por el smog como para pensar en otra cosa. No pude. Ahí estaba María calatita en la sala dispuesta a darme la mamada de mi vida. Sin embargo, esta vez me puse romántico y evoqué su larga cabellera, sus ojos achinados y su piel canela y esos labios que subían y bajaban por mi verga enhiesta.

La combi hizo su última parada en la plaza Dos de Mayo. Cuando me bajé me pareció que el cielo se veía más gris y más triste. En la vereda estaban los emolienteros que atendían a los hambrientos de siempre, los quioscos de periódicos llenos de los mirones que veían a las calatas en las portadas de los diarios chicha, y los pobres niños que te limpiaban los zapatos por unos centavitos.

Como había llegado temprano a la plaza Dos de Mayo, caminé de lo más tranquilo por la avenida Alfonso Ugarte. No sentía la desesperación de otros días. No había necesidad de esquivar a los otros peatones ni cruzar la pista a lo loco. Hasta me di el lujo de esperar a que los semáforos cambiaran a verde antes de cruzar. Y tal vez por esa razón, por caminar como si tuviera todo el tiempo del mundo, me encontré doscientos soles.

Todo fue rápido. No habrá durado ni cinco minutos. Ni siquiera tuve tiempo de pensar, sino que me dejé llevar por mi instinto de estudiante misio. Solo cuando estuve lejos de todo peligro, repasé las acciones que había tomado para recoger aquel billete de doscientos soles tirado en el piso.

Primero pisé el billete e hice como si me estuviera amarrando los zapatos. Después alcé la suela, cogí el billete y me lo guardé en el bolsillo derecho. Al toque me levanté como si nada hubiera pasado y caminé sin mirar atrás. No corrí, porque eso sería sospechoso. Ya casi llegando a la avenida Alfonso Ugarte, me metí a un restaurante y pedí prestado el baño. Como la dueña me vio con cara de alumno estudioso, no me cobró cincuenta céntimos por usar el servicio higiénico. Una vez dentro, me cercioré de que la puerta estaba con llave y, con mucho cuidado, saqué los doscientos soles.

Quería gritar ¡Por fin, conchusmadre! Quería saltar. ¡Por fin, hijo de la gran puta! Quería abrazar a cualquier imbécil pero, en Lima, es mejor no confiar en nadie.

Alcé el billete a contraluz. Busqué la cinta de seguridad y me aseguré de que el número 200 cambiara de color cuando lo inclinaba. Finalmente, palpé el velo de Santa Rosa con la yema de mi dedo gordo y por un momento sentí que la estaba acariciando. Ella, tan cándida, tan angelical, se dejaba acariciar.

Guardé el billete en mi bolsillo secreto de mi pantalón. Respiré profundo. Me mojé la cabeza con agua fría. Me peiné un poco. Respiré aún más hondo. Salí del restaurante y me quedé mirando el colegio Guadalupe en toda su decadencia.

¿Para qué ir? Yo solito me iba a delatar de la emoción. Y mis amigos, por más amigos que fueran, también eran limeños y no era seguro confiar en ellos. Mejor estaba en otro lado. Digamos, en la plaza San Martín. Me senté en una de las bancas de mármol y me pregunté, ¿Y ahora qué hago? ¡Las Cucardas! Ese prostíbulo era tan famoso que hasta los hermanos de mi iglesia hablaban

de él. Si uno estaba arrecho y no tenía enamorada (o la enamorada no quería atracar) era mejor peregrinar por toda la avenida Colonial hasta llegar a la avenida Tingo María y de ahí caminar un par de cuadritas más, doblar a la derecha y seguir unos cien o doscientos metros hasta llegar al templo de los hombres que tienen plata y, como sienten que no han disfrutado de su juventud, van y se imaginan que una veinteañera se muere por ellos. Pero yo no podía ir a las Cucardas porque tenía quince años y estaba con el uniforme del colegio y ni cagando me iba a regresar a la casa para cambiarme de ropa.

Deambulé por el jirón de la Unión sin saber qué hacer. Le di cinco vueltas a la pileta de la Plaza de Armas. Me regresé por el jirón Carabaya. Entré a una sanguchería, pedí un pan con chicharrón y un jugo de fresa con leche. Salí satisfecho y de paso había cambiado los doscientos soles. Tampoco me dijeron nada por ser escolar. ¿A quién chucha le importa que un escolar se tire a la pera?

En Quilca me compré un par de libros y cuando los vi dentro de mi mochila vieja, decidí cambiarla. En Ripley me compré una Jansport, el modelo más simple y el más barato, pero era una Jansport y con eso me bastaba. Tiré la vieja mochila en uno de los tachos de basura. Aún me quedaba noventa soles.

Decidí jugar StarCraft en las galerías Wilson. Pero cuando estaba cruzando Colmena recordé que por esa avenida siempre habían putas. Una vez visité la universidad de mi hermano por la tarde y vi a varias que esperaban recostadas sobre una pared despintada. Muchas estaban envejecidas y panzonas, pero una que otra que se veía joven y hasta bonita. Seguro una de ellas va a

tener compasión de este muchacho arrecho que está cansado de masturbarse todos los días.

¿Voy o no voy? ¿Cacho o no cacho? ¿Me sigo masturbando o conozco mujer de una vez y así Dios no me castiga por masturbarme todos los días pensando en las chicas de la iglesia? Tengo noventa soles en el bolsillo. ¿Cuánto costará un polvo? ¿Cincuenta, cuarenta, treinta soles?

Caminé por Colmena con las manos en los bolsillos y la mirada vigilante. Solo cuando crucé la avenida Tacna encontré a una puta vieja y descuidada y con aire de que estaba en sus últimos días. ¿Una puta vieja? No estaba tan desesperado. Unas cuadras más allá, encontré a una putita que también estaba en busca de un cliente. Se parecía un poco a María pero más flaca, más ojerosa y sin esas curvas que te da la buena alimentación. Nuestras miradas se cruzaron y no fue amor lo que sentimos sino una vergüenza tan pesada que se hundió en lo más profundo de nuestros corazones.

Hola. Hola, mi amor. ¿Cómo te llamas? Fátima. Mucho gusto, Fátima, ¿Cuánto cobras? Cincuenta soles la hora, treinta la media. ¿Hay que ir a un motel? Tengo cuarto propio.

Mi corazón no sólo quería salirse de mi boca sino que deseaba correr con sus dos patitas por la vereda llena de orines y lanzarse contra una combi asesina.

El cuarto de Fátima no estaba tan lejos. Caminamos... apenas unas cuadras. Quedaba, eso sí, en una de esas casonas viejas, abandonadas y con ganas de derrumbarse de puro cansancio. Subimos por una escale-

ra que también se quería caer. Llegamos al segundo piso. Caminamos por un pasillo y nos detuvimos frente a una puerta alta. Con una llave antigua, una de esas de dos dientes, Fátima abrió la puerta y las bisagras chillaron en cámara lenta, o así lo sentí. En el cuarto solo había una cama de cobre antiquísima y sobre ella un colchón hundido cubierto por una sábana limpia pero percudida de tantas lavadas.

Desnúdate, dijo Fátima, voy al baño un ratito. Me desnudé, guardé mi ropa en mi nueva mochila, dejé la mochila en una esquina y me eché en la cama. Mientras me moría de frío, escuchaba el sonido del agua que corría por las cañerías viejas de esta vieja casa. Seguramente solo se estaba lavando las partes íntimas. Tal vez las axilas. ¿Y sí también se está lavando los dientes?

Después de cinco minutos, que a mí me parecieron eternos, Fátima salió completamente desnuda. Sus senos apenas le habían crecido y tenía las piernas de una chiquilla de trece años. Algunas mujeres se vuelven putas solo para comer, pensé.

Estás temblando, me dijo. Hace frío. ¿Es tu primera vez? Sí, ¿y tú? Fátima sonrió. Se ve que estás muy nervioso. Yo me quedé callado. Párate, me ordenó.

Me levanté y Fátima se arrodilló. Con los dientes abrió el sobre metálico del preservativo, sacó el condón y se lo metió en la boca. Yo solo cerré los ojos.

Cada vez que evoco aquella tarde, no recuerdo los detalles de mi primera vez sino que me veo en la sanguchería comiendo un rico pan con chicharrón y un rico jugo de fresa. Nunca había comido tan bien

a mis quince años. Estaba acostumbrado a los sándwiches baratos que vendían en el quiosco del Guadalupe: tan pobres, tan escasos de carne; hechos con aceite recalentado e ingredientes dudosos. También recuerdo el olor de los libros que me compré en Quilca: una edición antigua de Madame Bovary y la poesía completa de César Vallejo.

Ahora me doy cuenta de que tuve mucha suerte. No me pasó lo que le pasó a Ríos. Me contaron que se había ido a uno de esos prostíbulos de mala muerte y cuando estaba en pleno cache, alguien golpeó la puerta y gritó, ¡La tombería! Ríos tuvo que alistarse rápido y escapar. Después de estar corriendo como cuatro cuadras, se dio cuenta de que no había ningún policía. Cuando regresó al prostíbulo la puta ya no estaba, tampoco su billetera.

Eso no me pasó a mí. Después de mamármela, Fátima me hizo eyacular en menos de cinco minutos. Luego, me limpió con papel higiénico, esperó a que me pusiera la ropa y, en el umbral de la puerta, me dio un beso en los labios y me dijo, Vuelve pronto.

Afuera, como siempre, el cielo estaba gris.

